

Ana Alonso

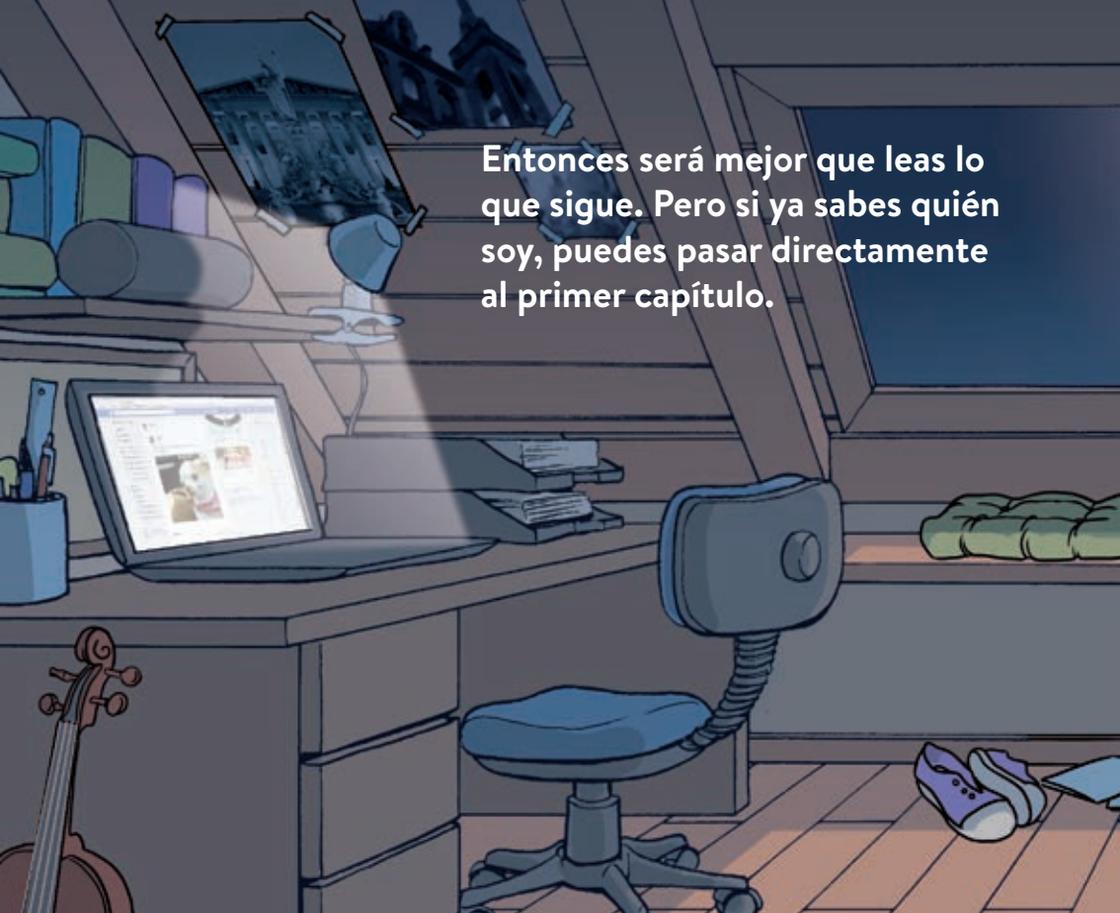
**LUNA**  
Y LOS  
**INCORROBEOΣ**

LA LEYENDA DE WALLADA



# ¿TODAVÍA NO

Entonces será mejor que leas lo que sigue. Pero si ya sabes quién soy, puedes pasar directamente al primer capítulo.



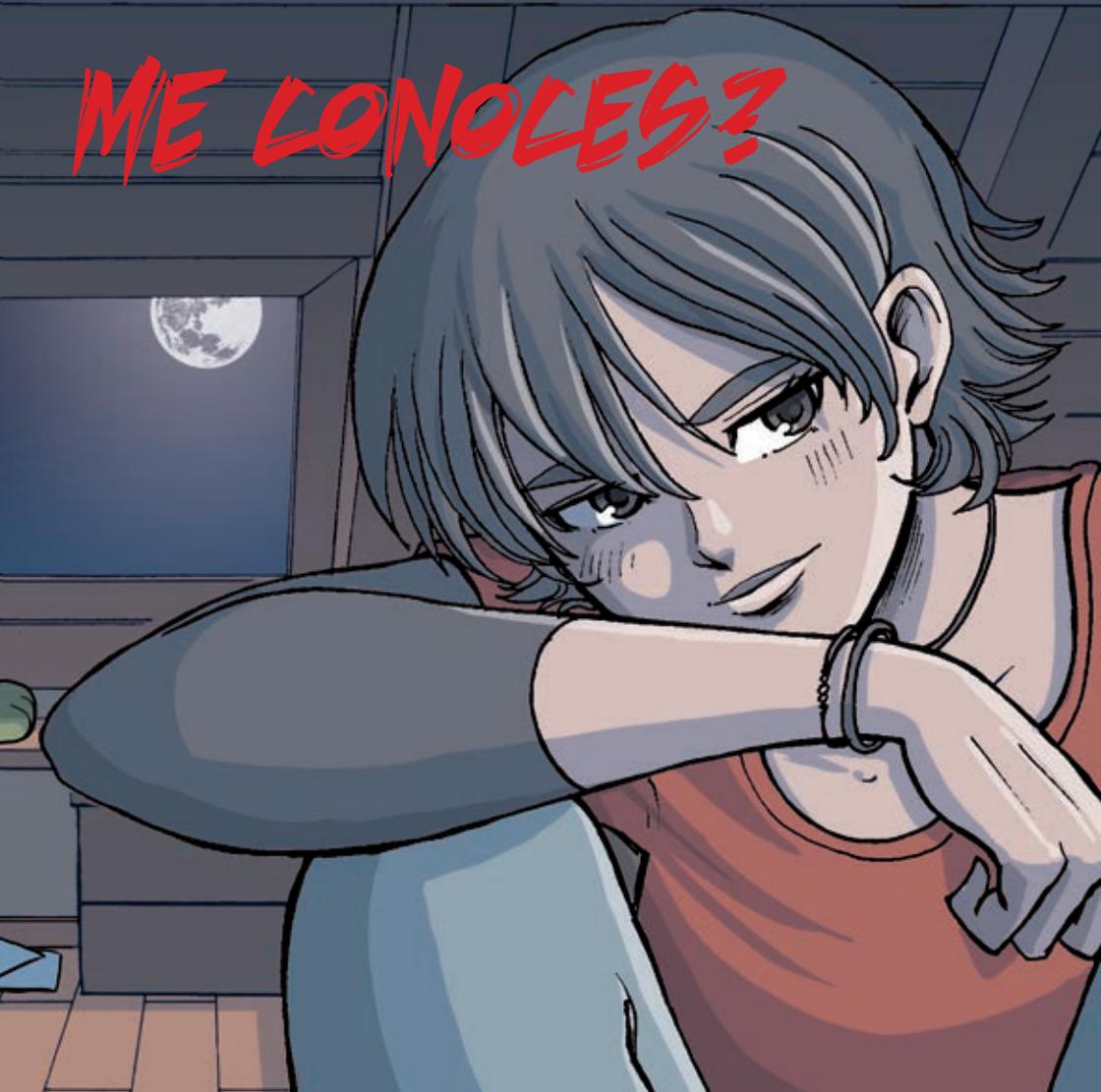
Me llamo **LLUNA**.

Tengo trece años y tres problemas.

El primero es que vivo con mis padres y mi abuelo encima de una tienda de antigüedades. A primera vista, puede no parecer un problema, pero lo es. Al menos, para mí.

Y eso me lleva a mi segundo problema. Y es que, a veces, me siento sola. No tengo muchos amigos. La verdad es que solo tengo uno: Yago. No sería grave si él fuese un chico como los demás. Pero ¿qué pasa cuando tu único amigo está muerto y no quiere reconocerlo? Ahí el asunto se complica bastante.

# ME CONOCES?



A estas alturas, creo que ya habréis adivinado mi tercer problema, porque está directamente relacionado con el segundo. Veo incorpóreos. Mejor dicho, los veo, los oigo y puedo hablar con ellos. ¿Suena divertido? No lo es. Los incorpóreos son los espíritus vagabundos de algunas personas muertas. A veces, llevan decenas o cientos de años intentando descansar sin conseguirlo. ¡No es fácil para ellos! Se sienten enfadados consigo mismos y con el mundo. Son las criaturas más irritables que existen, y a mí me toca soportar su mal humor. Se agarran a mí como lapas y me piden cosas. O me hacen preguntas. Preguntas que, a veces, no son nada fáciles de responder. Creedme: resulta agotador...

# Y EN ESTA AVENTURA



## EL ABUELO LLUIS

Es mi abuelo materno y el marido de la abuela Luz. Aunque ya es bastante mayor, continúa al frente del negocio de antigüedades de la familia. Tiene un carácter un poco especial, retraído, y mis rarezas no le sorprenden tanto como al resto, pues a veces creo que puede sentir la presencia de mi abuela, aunque no la del resto de incorpóreos.

## MIS PADRES

Mi madre se llama Eva, y es elegante y misteriosa. También, a veces, un poco distante. Supongo que tiene sus propios problemas y que prefiere no compartirlos conmigo porque piensa que no los voy a entender. Mi padre, Agustín, adora las antigüedades, pero vive obsesionado con los gérmenes. Por eso apenas sale a la calle. Prefiere quedarse en casa estudiando los objetos que llegan a la tienda.



## JORGE

Es el hermano de Yago, pero solo se parece a él exteriormente. En cuanto a su forma de ser, no pueden ser más distintos. Creo que Jorge oculta más secretos aún que su hermano, pero tiene una ventaja sobre Yago: ¡él no es un incorpóreo!

## EMMA

Íbamos juntas al colegio, pero después dejamos de saber la una de la otra. Ahora he vuelto a hablar con ella otra vez y, aunque somos muy diferentes, es lo más parecido a una amiga de carne y hueso que tengo.



# ME ACOMPAÑAN...

## YAGO

Es mi mejor amigo. Parece tener unos quince años, pero ni él mismo lo sabe, pues no recuerda nada de su vida. Es uno de los pocos incorpóreos a los que no he podido ayudar. Como buen optimista, y aunque casi nunca consigue lo que se propone, Yago siempre confía en alcanzar sus objetivos.



## LA ABUELA LUZ

En vida, fue profesora de Filosofía en un instituto de Secundaria, y muy buena, por cierto. Por su formación, y a pesar de ser incorpórea, es bastante reacia a las explicaciones paranormales.

## JUNE

De acuerdo, June es guapa, muy guapa, pero tiene un carácter odioso. Y sí, también es incorpórea. En vida, fue una joven ejecutiva, con gran éxito laboral y social. Ahora vive en un parque al lado de mi casa, así que, cuando le apetece, se cuela en la tienda o en mi habitación. Se porta fatal con los incorpóreos más antiguos, aunque reconozco que a veces tengo que pedirle ayuda.



## WALLADA

Con su túnica azul bordada en plata, Wallada es diferente a todos los incorpóreos que he visto hasta ahora. No está nada asustada, ni es violenta, ni se comporta de forma absurda o victimista. Posee una fortaleza poco frecuente, e irradia inteligencia y determinación.



# CAPÍTULO 1

Creo que la mayor parte de la gente, si supiera lo que me ocurre, pensaría que es una maldición. Yo misma lo pienso muchas veces. Ver cosas que los demás no ven te aísla, te hace actuar de forma rara sin que nadie entienda por qué, y consume una gran parte de tu tiempo y energía. Pero es que, además, lo que yo veo no son cosas: son personas. Personas que sufren, que me piden ayuda, que me contagian su angustia. Y aunque yo sé que están muertos, eso no los hace menos reales.

Tratar con los incorpóreos tiene los mismos inconvenientes que tratar con una persona viva, porque puedes herir sus sentimientos sin darte cuenta, decir cosas inconvenientes y provocar una respuesta violenta o victimista por su parte; pero, además, tiene otros inconvenientes añadidos, porque los incorpóreos pueden atravesar paredes, si es preciso, para perseguirte, aparecer en medio de la noche e imponerte su presencia en cualquier momento.

Total, que no es fácil.

Y, sin embargo, una se acostumbra a todo. Ellos son parte de mi vida; y cuando pasan unas cuantas semanas sin que algún incorpóreo nuevo se cuele en la tienda de antigüedades, empiezo a preocuparme y a ponerme nerviosa sin motivo. No sé; es como si me faltase algo.

Es lo que me ha pasado en este último mes y medio. Han llegado varios lotes interesantes a la tienda y al taller

de investigación y restauración de mi padre, pero no traían incorpóreos con ellos. Cada vez que llegaba uno nuevo, yo bajaba al laboratorio y rondaba, impaciente, mientras mi padre y mi abuelo desembalaban con exquisito cuidado cada pieza. Al principio, me regañaban, porque es un proceso muy delicado y cualquier distracción puede provocar un accidente, pero, como no servía de mucho, los dos han terminado por aceptar mi presencia en esas operaciones como si fuera parte del ceremonial. Así que allí estaba yo cada vez, aguardando impaciente la aparición de cada objeto, clavando la vista en él con la esperanza de notar una presencia helada que emanaba de su interior, creyendo que en cualquier momento vería una silueta semitransparente perfilándose en el aire... Pero qué va; nada de nada. Por lo menos, han sido siete lotes seguidos sin «sorpresa». Al principio sentía alivio; pero, a la tercera o cuarta vez, el alivio se convirtió en decepción.

Menos mal que el último lote promete romper la mala racha.

Llegó ayer por la tarde. Mi abuelo estaba nervioso cuando el mensajero lo trajo, porque lo esperaban por la mañana y nadie había comunicado el retraso. Cuando el tipo empezó a descargar los paquetes, le pidió varias veces que tuviera cuidado. Y eso que el hombre lo tenía... Por algo trabaja para una empresa especializada en el transporte de mercancía delicada.

Mi padre solo bajó a la tienda cuando el mensajero se marchó. Si puede, siempre evita tratar con desconocidos. Los ve como presencias invasoras, me parece. Reacciona ante ellos con una mezcla de desconfianza y timidez infantil

que resultaría cómica si no fuera porque, en el fondo, a él le hace sentir mal. Alguna vez me he preguntado cómo actuaría mi padre si tuviese que enfrentarse a desconocidos en forma incorpórea entrando y saliendo de su vida cuando les da la gana. Mejor no pensarlo. Estoy segura de que no lo resistiría.

En total, el envío constaba de cinco paquetes. El más grande tenía unos treinta centímetros de largo. El abuelo los depositó con mimo sobre su mesa de trabajo en el taller y se quedó mirándolos. Después, rebuscó en un cajón y extrajo un cúter y dos pares de tijeras. A mí me entregó uno.

—Ya que te tanto te gusta esto, al menos echa una mano —me dijo con una sonrisa—. Me has visto hacerlo muchas veces. Sabes por dónde tienes que abrir y cómo, ¿no?

—Luis, es mucha responsabilidad para la niña —comenzó a protestar mi padre.

—No soy una niña —le interrumpí yo con la voz ronca de emoción—. Puedo hacerlo de sobra. Ahora veréis.

—Recuerda que son objetos de alta época —dijo mi abuelo—. Antes de tocarlos, ponte guantes.

Asentí. «Alta época», para mi abuelo, significa que está hablando de piezas medievales. Me había contado unos días antes que el lote procedía de una casa francesa cuya propietaria había muerto. Los herederos, seis sobrinos en total, habían contratado los servicios de nuestra empresa familiar para que estudiaran, valoraran y tasaran las piezas más antiguas de aquel legado antes de sacarlas a subasta.

Mi abuelo, como tiene mucha más práctica que yo, terminó primero de desembalar el paquete que había elegi-

do. Dentro había una cruz esmaltada en muy buen estado de conservación. Mi padre se acercó a examinarla.

—Esmalte *champlevé* de Limoges, sin duda —murmuró, como para sí mismo—. Yo diría que es un trabajo hecho en torno al 1200. ¡Qué tonalidades! Ese lapislázuli, ese verde... Una pieza bellísima.

Mientras él hablaba, yo había terminado de retirar el envoltorio de burbujas que protegía la segunda pieza. Se trataba de otra cruz.

—Veamos —dijo el abuelo—. Esta es la cruz con el Cristo de aplique en bronce. Al natural se aprecian mejor los restos de esmalte que en las fotos.

—Sí —confirmó mi padre—. También Limoges, sin duda, pero algo más antiguo, en mi opinión. Siglo XII.

Entre mi padre y mi abuelo desembalaron la tercera pieza.

—Bueno, esta no tiene mucho misterio —aseguró mi padre—. Un cofre de hierro forjado para guardar dinero. Por el estilo de la forja, yo diría que es del siglo XV.

—Faltan la caja de marfil y la Virgen en Majestad —dijo el abuelo—. La Virgen es la joya de la colección... si es que podemos confirmar su autenticidad, claro. Deja, Luna, esta prefiero sacarla yo.

Mientras el abuelo se afanaba con las sucesivas capas de papel de embalaje y plástico de burbujas que protegían la escultura, mi padre desembaló la otra pieza.

Se trataba de un exquisito recipiente cilíndrico, de unos cinco o seis centímetros de diámetro, decorado con motivos vegetales tallados en el marfil. La tapa estaba un poco rota en uno de los bordes.

—Me pregunto qué hace esto aquí... —dijo mi padre, intrigado—. Ya en las fotos me llamó la atención. Esta pieza no es románica.

—Se supone que todo el lote procede de un monasterio que fue expropiado durante la Revolución francesa. No hay documentos que lo acrediten, pero es la historia que han oído contar siempre en la familia —explicó el abuelo—. Nadine, una de las sobrinas, afirma que, antes o después, aparecerá algún documento sobre la compra. Su hermano Laurent, en cambio, asegura que ese documento nunca aparecerá, porque, según él, los objetos no se compraron, sino que se robaron. Él atribuye la «hazaña» a un antepasado suyo que fue oficial en los ejércitos de Napoleón.

—En todo caso, la biblioteca familiar está siendo estudiada también para la tasación —concluyó mi padre—. Si existe un documento de compraventa, aparecerá y nos informarán. De todas formas, vete a saber cómo llegaría esto a un monasterio. Yo juraría que su función inicial era contener perfume.

—¿Perfume? —repetí, sorprendida—. Pero, con lo mal que cierra... se evaporaría.

—Bueno, en esa época casi todos los perfumes eran sólidos y pastosos —explicó mi padre—. Aun así, la pieza es sorprendente. Casi me recuerda... Eh, ¿pero qué es esa maravilla?

Mi abuelo acababa de depositar con cuidado sobre la mesa, ya libre de plásticos y papeles, una escultura de una Virgen medieval sentada en un trono.

—1300 —dijo el abuelo con una beatífica sonrisa en la cara—. Escuela de Albi, ¿no crees?

—Habrá que verlo en detalle —opinó mi padre—. Mira el trabajo del cabello. Podría perfectamente ser una obra flamenca.

—Lo dices por decirlo —le rebatió mi abuelo—. Es un detalle sin más, yo no le daría mucha importancia. Cuando estudiemos la policromía, saldremos de dudas. Pero esas facciones lo dicen todo. Te apuesto una cerveza.

—Sabes que no bebo cerveza. Los gases me sientan mal. Apostemos otra cosa más valiosa. Ese ejemplar de la primera edición de *Las flores del mal*, de Baudelaire, que te regalaron los herederos de *madame* André. ¿Qué te parece?

—Ni lo sueñes —replicó el abuelo con una malévola sonrisa—. Ese libro se lo dejaré a Luna cuando me muera. Pero antes, no pienso separarme de él.

Mientras los dos bromeaban, yo me esforzaba por parecer interesada en su charla, pero lo cierto era que mi atención se encontraba, desde hacía unos minutos, en otra parte. El bote de marfil... Desde el momento en que lo vi, sentí «algo».

Generalmente, lo primero que anuncia la presencia de un incorpóreo es el frío. Pero no, no fue frío lo que experimenté. Al contrario, rompí a sudar sin motivo, como si la temperatura del taller hubiese aumentado de pronto diez grados. ¿De dónde venía aquella vaharada de aire ardiente y húmedo? Y el aroma que traía... se trataba de un perfume tan intenso que casi resultaba insoportable. Pero lo más inquietante era que aquel aroma, a la vez dulzón y punzante,

me resultaba completamente nuevo: no lo había percibido jamás.

Mientras mi padre y mi abuelo se enzarzaban en una amable discusión acerca de los pliegues del manto de la Virgen que acababa de llegar, yo aproveché para alargar la mano y rozar, sin que se dieran cuenta, el centro de la tapa del bote de marfil, rematado en una esfera perfecta.

Me pareció oír un quejido.

O, más bien, un lamento sofocado, lánguido.

Con el corazón acelerado, miré a mi alrededor. Había alguien allí, estaba segura. No era como las otras veces, pero lo cierto es que no hay dos incorpóreos iguales, y cada uno tiene su forma de manifestarse, aunque se puedan establecer algunas pautas comunes.

Pero, si estaba allí, ¿por qué no lo veía?

Por un momento, me asaltó el pánico. ¿Y si había perdido mis poderes? Quizá no era que en los últimos lotes no hubiesen llegado incorpóreos, sino que yo ya no era capaz de percibirlos.

Es algo que he deseado muchísimas veces en mi vida: deshacerme de esos fantasmas que condicionan todo lo que hago y ser una chica normal. Incluso en este momento, siento que es eso lo que realmente me gustaría que pasara.

Pero ayer, mientras sentía la conexión con el pequeño bote de marfil, lo que quería era todo lo contrario. Quería ver. Estaba casi segura de que allí había alguien. Ese aroma... No podía ser solo fruto de mi imaginación.

Escudriñé cada rincón del taller: en el aire, en el suelo, sobre los muebles y las paredes. Los incorpóreos a veces

intentan esconderse cuando sienten que se expanden por un territorio nuevo. Tienen una tendencia natural a buscar la oscuridad. Así que, con disimulo, me acerqué al rincón de las estanterías, que estaba en penumbra. Nada. El aroma me perseguía como si aquel ungüento del que había hablado mi padre se hubiese pegado a mi piel. Me asomé a la puerta que comunica el taller con la tienda. Judit, la dependienta, estaba cerrando la caja registradora antes de irse. Y allí no había nadie más...

Frustrada, tuve que hacerme a la idea de que me había equivocado.

Cuando subí a mi cuarto, me encontré a la abuela Luz flotando cerca de la lámpara del techo, como suele hacer cuando está de buen humor.

—Te estaba esperando —oí que me decía su voz dentro de mi mente—. No la has visto, ¿eh?

Noté un cosquilleo de expectación en la boca del estómago.

—¿A quién? —pregunté.

—A la nueva —contestó mi abuela, triunfal—. Esta vez me he adelantado. Me sorprende que no la hayas visto, Luna. No es discreta, precisamente... Aunque se mueve con mucha delicadeza, eso hay que reconocerlo.

—¿Y para qué me lo restriegas? —repliqué en voz baja, irritada.

Generalmente, mi abuela no es demasiado hábil a la hora de detectar la presencia de otros espíritus. Ser incorpórea no parece haber mejorado mucho sus dotes de percepción. Al menos, así ha sido siempre hasta ahora.

Pero, como ella siempre anda investigando acerca de sus poderes y sus limitaciones... Qué sé yo, quizá ha encontrado alguna manera de agudizar sus «sentidos extracorporales», por llamarlos de algún modo.

—Pensé que te gustaría saberlo —dijo, en tono de disculpa—. He notado que estás pendiente. Solo quería ayudar. Y, además, hay algo en esa mujer que la hace distinta de todos los incorpóreos que han pasado por aquí. Es... como una fuerza secreta, como un fuego... Estoy segura de que, cuando estaba viva, era alguien que sabía cómo hacerse notar.



## CAPÍTULO 2

**D**ormí mal por culpa de las revelaciones de la abuela. Es curioso: a veces, la idea de que en cualquier momento se me va a aparecer un incorpóreo me provoca insomnio, pero, esta noche, lo que me impedía conciliar el sueño era justo lo contrario.

Por la mañana, me desperté cansada y de mal humor. Estaba furiosa conmigo misma por estar tan pendiente de la nueva incorpórea, esa que, según la abuela, a mí se me estaba escapando. No tenía ningún motivo para desconfiar de lo que ella me había dicho: mi abuela puede tener sus defectos, pero nadie podría acusarla de falta de sinceridad. Si había percibido una presencia incorpórea, es que esa presencia existía. Y yo no lograba captarla.

Después de ducharme, justo en el momento en el que terminé de abrocharme la camisa de cuadros que había elegido para ir al instituto, apareció delante de mis narices Yago.

Lo miré con desconfianza. Últimamente siempre hace lo mismo: surge en el preciso momento en el que acabo de vestirme. Qué casualidad... ¿Me estará espiando sin hacerse notar?

Sondeé sus ojos claros, que me miraban pensativos. No parecía ocultar nada. Me sentí culpable por haber desconfiado de él.

—¿La has visto? —pregunté.

—¿A quién?

—A la incorpórea nueva. Ha llegado con el lote de objetos medievales.

Yago reflexionó un momento.

—Ahora que lo dices, he notado un aroma muy intenso... como a perfume rancio mezclado con violetas; no sé, uno de esos perfumes fuertes que usan las señoras mayores.

—Creí que los incorpóreos no erais capaces de oler —se me ocurrió decir.

—Ver, oír, oler... Yo qué sé, Luna. No sé si es eso lo que hacemos. Tenemos esas sensaciones, pero a lo mejor nos las estamos imaginando. Sin un cuerpo, todo ocurre en nuestra mente. No somos más que mente —concluyó con aire melancólico.

—Eh, no te vayas a poner triste ahora. Necesito tu ayuda. Hasta ahora no he conseguido todavía percibir a la incorpórea nueva. Mi abuela sí la ha visto. Dice que es muy especial. ¿Cómo es posible que yo no capte nada?

—A lo mejor ella no quiere que la perciban. A lo mejor solo quiere que la dejen en paz. No es tan difícil de entender.

Me pareció que aquellas palabras ocultaban un reproche.

—Si es una incorpórea, no creo que tenga mucha paz. Estará aquí por algo. Todos los incorpóreos necesitan ayuda —afirmé, convencida.

—Yo no —me contestó Yago desafiante.

A veces consigue sacarme de quicio. Es como si tuviese que demostrar constantemente que a él no se le puede

meter en el mismo saco que a los demás incorpóreos, que su caso es especial.

—Que no te des cuenta de que necesitas ayuda no significa que no la necesites —le contradije—. Tampoco es tan raro; aquí hemos tenido unos cuantos incorpóreos que al principio no entendían su situación y no se dejaban ayudar. Pero luego, cuando han recordado...

—Yo no quiero recordar —me interrumpió Yago—. Estoy bien como estoy.

—Pues allá tú —dije sin ocultar mi enfado—. Por lo menos, échame una mano para poder ayudar a otros menos orgullosos.

—Ni siquiera sabes si esa incorpórea necesita ayuda.

Estábamos dando vueltas alrededor de lo mismo sin llegar a ninguna conclusión. Había quedado claro que Yago no tenía ganas de cooperar.

—Si no quieres ayudarme, ¿para qué te presentas en mi habitación a estas horas? Por tu culpa no me va a dar tiempo a desayunar antes de irme al instituto.

Y, sin esperar su respuesta, salí embalada hacia la cocina. Yago no me siguió.

Por desgracia, eso no me proporcionó un desayuno tranquilo, porque cuando estaba mezclando mis cereales con el yogur, vi a June sentada frente a mí, al otro lado de la mesa de madera y cristal.

—No te pongas así —me dijo con ese tono de sabionda entrometida que adopta en sus mejores momentos—. Yago no es tu marioneta. Ninguno de nosotros lo somos, ¿vale?

—Vaya descubrimiento —bufé—. No pretendo que seáis mis marionetas, solo que os comportéis como amigos y que me ayudéis.

—Amigos... ¡qué estupidez! —replicó June riendo—. Los incorpóreos no podemos tener amigos. Estamos muertos. Y la muerte es solitaria.

Un escalofrío me recorrió la espalda. A veces, June consigue dar miedo.

Ella lo advirtió y me sonrió burlona mientras, con uno de sus gestos elegantes, se echaba la melena rubia hacia atrás. Iba a contestarle cuando entró mi madre en la cocina.

—Buenos días, Luna. ¿Te pasa algo?

Estuve a punto de gritar. Iba a sentarse encima de June, estaba a punto de hacerlo...

Por supuesto, la incorpórea desapareció unas décimas de segundo antes de que mi madre se acomodara frente a mí. Respiré aliviada.

—Antes o después te van a pillar hablando con nosotros —me advirtió June, que ahora se había sentado en la encimera—. Y van a pensar que estás mal de la cabeza. Te llevarán a un psiquiatra. A ver cómo le explicas todo esto...

Me mordí el labio. Me estaba provocando para que hablase y me delatase ante mi madre, pero no iba a caer en la trampa.

—Estoy bien —dije, concentrándome en el rostro de mi madre—. ¿Y tú? ¿Qué tal se presenta el día?

Ella sonrió desganada.

—Una reunión con la gente de Bleue, esa nueva casa de subastas. Es probable que lleguemos a un acuerdo para

colaborar con ellos. Trabajan sobre todo con documentos antiguos. Tienen sus propios especialistas en paleografía, pero siempre necesitan colaboradores para estudiar otros aspectos de los documentos: el soporte, la tinta...

—Tú estudiaste Paleografía en la universidad, ¿no, mamá? —pregunté.

Era una pregunta tonta, porque ya conocía la respuesta. Mi madre había sido una alumna brillante y podría haber tenido una gran carrera por delante como investigadora. Mi padre siempre lo comentaba. Pero el negocio familiar hizo que renunciase a una beca en los EE. UU. Y, además, ellos dos ya habían empezado su relación.

—Se me ha olvidado casi todo —respondió, alzando las cejas como si se estuviese riendo de sí misma—. Lo más parecido que hago a mi antiguo trabajo es intentar descifrar las firmas de algunos de nuestros clientes en los contratos.

Intentaba sonar irónica, pero no logró suprimir del todo la amargura de su voz. Me sorprendió, la verdad. Siempre tiendo a pensar en mi madre como en la persona práctica y prosaica de la familia: la que negocia con los clientes, la que está pendiente de la contabilidad...

Pero a lo mejor ese no era el papel que ella quería. Eso explicaría muchas cosas: su desapego en todo lo que se refiere a la tienda, por ejemplo, o su cara ausente cuando el abuelo y mi padre hablan del trabajo.

Nunca había pensado en ello. Y, sin embargo, es bastante evidente, si te paras a reflexionar. Ella es la gran sacrificada en nuestro brillante negocio familiar. Y... no; no es feliz.

—¿Y ahora te das cuenta? —se burló June, que continuaba sentada en la encimera con las piernas cruzadas y nos observaba a las dos con la barbilla levantada y aire displaciente—. A veces parece que estás ciega, Luna.

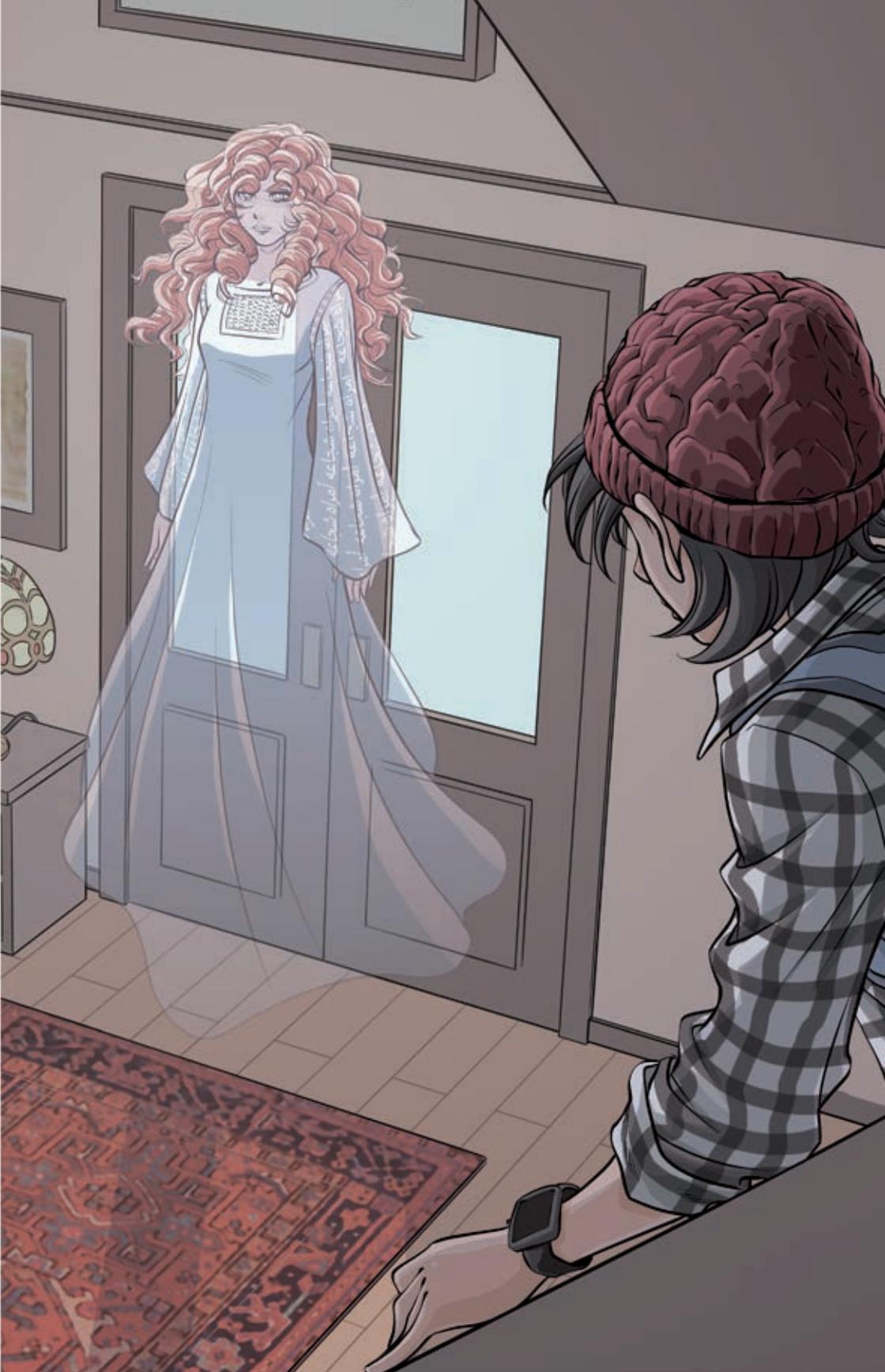
No soporto que hagan eso; que se metan en mis pensamientos. No siempre consiguen hacerlo, pero, cuando lo logran, resulta francamente inquietante.

La situación se me estaba haciendo más difícil por momentos, así que devoré casi sin masticar mis dos últimas cucharadas de cereales y, después de estamparle un beso a mi madre en la mejilla, salí corriendo para recoger mis libros y marcharme de una vez al instituto.

Lo que menos esperaba era encontrarme con ella en las escaleras del vestíbulo. Pero allí estaba. La incorpórea que tanto se me había resistido flotaba, de pronto, entre la puerta de salida y yo.

Volví a notar aquel calor inexplicable. Y el perfume demasiado intenso. Ella no me miraba. Flotaba inmóvil, canturreando algo apenas audible. Tenía una preciosa voz.

En cuanto a su aspecto, me desconcertó por completo. Como había llegado junto con el lote de objetos medievales, yo me había imaginado una mujer vestida al estilo medieval, con una toca blanca cubriéndole el cabello y una túnica descolorida. Sin embargo, la incorpórea que tenía ante mí llevaba un vestido de un intenso color azul con bordados de plata. Unos bordados muy curiosos, por cierto... Bajaban desde los hombros a lo largo de los brazos, y enseguida me di cuenta de que reproducían caracteres de la escritura árabe.



Me quedé inmóvil observando a la incorpórea. No era difícil atar cabos: aquella mujer no procedía de la Edad Media cristiana, sino de la musulmana. No había otra explicación...

Aunque, por otro lado, su aspecto no encajaba con la forma en que solemos imaginarnos a las mujeres musulmanas. No era morena, todo lo contrario, tenía la piel blanquísima, y una larga melena pelirroja que le caía en gruesos tirabuzones sobre los hombros. Otra «anomalía», porque, que yo supiera, en la Edad Media las mujeres, tanto cristianas como musulmanas, solían llevar el cabello cubierto.

La incorpórea tenía la mirada perdida, pero su voz cada vez se oía con mayor claridad. Era suave y melodiosa, y me dio la sensación de que cantaba en alguna forma de castellano antiguo, aunque no podía distinguir con claridad las palabras.

—Perdona —murmuré con suavidad, para no asustarla—. ¿Quién eres?

Ella continuó canturreando, como si no me hubiera oído.

No me veía. No me percibía, lo comprendí de pronto. Aquella incorpórea flotaba en su mundo, totalmente ajena a mi presencia.

Esperé unos segundos, conteniendo el aliento. Se oyó a lo lejos el timbre de la puerta de la tienda. Qué raro que alguien llamase a esas horas; Judit no llega hasta las nueve y media, y no eran más que las ocho...

El sonido insistente del timbre actuó como un imán sobre la incorpórea, que flotó escaleras abajo hacia la puerta

de comunicación del vestíbulo con la tienda. Afortunadamente, no le dio por atravesar la pared. Eso me permitió seguirla.

Ya en la tienda, la vi flotar unos instantes cerca del techo, junto a una antigua lámpara de cristal de Murano que, según mi abuelo, tiene un gran valor. Sus movimientos eran tan delicados y armoniosos que parecía estar bailando. Pero ya no podía oír su voz, ahogada por el estridente sonido del timbre.

Entre asustada y enfadada, corrí hacia puerta. La llave estaba puesta, tuve que girarla dos veces para abrir.

—Se puede saber qué...

Me interrumpí boquiabierto, y creo que no llegué a terminar la frase. Era imposible. No podía ser.

Y, sin embargo, allí estaba. Era él. No había confusión posible. Lo tenía delante, pero no en forma de presencia semitransparente como un rato antes en mi habitación. No, había cambiado. Era una persona viva, ¡de carne y hueso!

Se me hizo un nudo en la garganta. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero, al mismo tiempo, estaba sonriendo.

—Yago —acerté a murmurar—. ¡Yago, eres tú!

Busqué un reflejo de mi sonrisa en su cara, pero no lo encontré. Me miraba mortalmente serio. De repente, me asaltaron las dudas. No reconocía aquellos ojos.

Un instante después, las palabras del recién llegado confirmaron mis sospechas.

—No soy Yago, evidentemente —me dijo—. Aunque, si estoy aquí, es por él.

